

¿Alguna vez has hecho algo que sabías que no deberías hacer? Yo sí. Resulta que soy fumador. Sé que es malo para la salud pero lo hago de todos modos. ¿Estúpido no? Este fenómeno se llama la incontinencia y le interesa mucho a Aristóteles porque no cae dentro de las opciones de virtud y vicio que hemos visto hasta ahora. Si seguimos el ejemplo de fumar, el hombre vicioso lo ve como algo bueno y lo hace. A diferencia de él, el incontinente reconoce que sería mejor no fumar, pero aun así actúa en contra de su propio juicio y fuma. Por el otro lado, el incontinente tampoco es virtuoso porque si fuera así, simplemente no fumaría.

Entonces, entre los extremos de la virtud y el vicio hay que agregar la incontinencia y también la continencia. ¿Cuál es la diferencia entre los dos? El incontinente sabe que es mejor no fumar, siente la tentación de fumar, y se rinde. El continente también sabe que es mejor no fumar, siente la tentación de hacerlo, pero resiste. Imagínate una chica a dieta que le cuesta mucho controlar su peso. En una comida con amigos siente mucha tentación de comerse un postre de chocolate, pero resiste. Va acompañada de una amiga a quien sí le gusta el chocolate pero ni tentación siente, y pues no come ningún postre. A nuestro modo de ver, la primera es la que más merece nuestra alabanza por haber superado la tentación, pero para Aristóteles sólo la segunda es virtuosa porque hace lo que sus buenos deseos le dictan, su actividad es placentera, mientras que la segunda no, ya que no hace lo que desea y siente un choque. No sé tú, pero yo jamás he conocido a una persona totalmente virtuosa en el sentido aristotélico. La mayoría somos una combinación de continencia e incontinencia, y desde luego algunos son puros viciosos.

Pero volvamos al tema de la incontinencia. Lo interesante es que no está claro siquiera cómo es posible. Sócrates, de hecho, decía que era imposible. Sabemos que para él la virtud es el conocimiento. Para vivir bien sólo basta tener conocimiento del bien para actuar bien. El contrario, es decir saber lo correcto pero no actuar de acuerdo con el, simplemente no tenía sentido para Sócrates. Por tanto, decía que cuando un hombre actuaba mal, actuaba en ignorancia. Recuerda que para Aristóteles uno no es responsable por algo hecho en ignorancia, pero él no cree que eso sea el caso con el incontinente, por ejemplo, con el fumador que sabe que sería mejor no fumar y que sigue fumando. El fumador no actúa en ignorancia y por tanto merece cierto grado de censura. Aristóteles, entonces, no está de acuerdo con Sócrates, por lo que tiene que buscar la forma de explicar este extraño fenómeno. ¿Cómo lo hace?

Pues recuerda que el razonamiento sobre lo que hay que hacer se llama un

silogismo práctico. Está la premisa mayor que enuncia algo general, como: “Es malo fumar”; y la menor que enuncia un hecho particular, como: “Aquí hay un cigarro”. Y luego la conclusión, que no es una proposición sino un acto. El hombre virtuoso simplemente no fumaría el cigarro, pero el incontinente sí. De alguna manera las premisas son bloqueadas, no funcionan como deben. Lo que explora Aristóteles es cómo puede suceder eso.

Nuestra capacidad deliberativa se descompone con más facilidad en casos donde fuertes emociones nos apoderan. Imagínate dos personas que se conocen en un bar, se coquetean y de repente están en un hotel quitándose la ropa y en el mero momento dice la chica, “¿Tienes condón?” “No,” dice el chavo. Los dos tienen presentes las premisas del silogismo, hasta pueden enunciarlas, pero no tienen efecto. La pasión del momento les abruma. Aristóteles compara este estado mental con alguien que está borracho. Puede recitar los versos de un poeta, al igual que el chavo puede decir “Debería usar un condón”, pero no controla ni entiende plenamente lo que dice.

Pero la debilidad de uno no se debe exclusivamente a fuertes pasiones. Habla Aristóteles de un principiante en el estudio de la ciencia. Puede llevar a cabo una demostración científica y entender las proposiciones que enuncia, pero no comprende a fondo lo que está diciendo. Como ejemplo de esto, ha habido momentos en mi vida docente donde voy explicando un argumento en clase pero me doy cuenta de que no lo entiendo a fondo. Puedo pronunciar definiciones y vincular las premisas, pero algo falta. Cuando un alumno me hace una pregunta que me obliga a ir más allá de lo planteado en el pizarrón, no sé cómo explicarlo de otra forma. Se podría decir que el conocimiento está en mi cabeza, lo puedo enunciar como un loro repite una serie de palabras, pero no vive en mi alma. Cuando conocemos algo de verdad, dice Aristóteles, asimilamos su *logos* en el alma. Dice Aristóteles algo que siempre me ha fascinado. Dice, “somos lo que conocemos.” Ahora, si conozco este caracol, no soy obviamente el material del que está hecho. Lo que conozco es su esencia o *logos*, y eso es inteligible. El caracol y yo somos uno en la medida en que conozca su *logos*. Volviendo al tema, es por eso, dice, que no encontramos científicos ni hombres prácticamente sabios entre los jóvenes ya que los primeros principios que manejan vienen de la experiencia, y uno tarda para tener suficiente experiencia.

El incontinente, entonces, es como este principiante en la ciencia. Al igual que él, reconoce que hay premisas mayores que deberían adoptarse, ciertos fines que valen la pena seguir, pero no basta simplemente tenerlos en la cabeza sino

grabarlos en el alma. Inevitablemente en la vida nos topamos con situaciones donde hay motivos encontrados. Un hombre casado puede sostener tanto que es bueno ser fiel como que es bueno sentir mucho placer sexual. La premisa que va a imperar es él que esté grabado en el alma. Bueno, de esta forma resuelve Aristóteles el problema de la incontinencia. El incontinente es uno que padece una incoherencia entre el *logos* de lo que dice y el *logos* en su alma. Donde hay una armonía entre estos dos, se trata de un hombre virtuoso.

Ahora, vamos a tratar dos puntos más: lo que dice sobre la amistad y también sobre la vida ideal. Recuerda que el tema de esta investigación es el buen vivir, la eudamonia. Hasta ahora, Aristóteles ha hablado mucho del individuo, pero el individuo no vive aislado. Vivir bien implica necesariamente una vida con otros. La amistad es un tema importante en su argumento pero entiende por ella algo más amplio que la restringida acepción que tenemos nosotros. La palabra en griego es "filia" y puede referirse a tres tipos de relación: amistad de utilidad, de placer, y de bondad. El de utilidad es el más amplio y más bajo por así decirlo. Se refiere a las relaciones que tenemos con otros miembros de la sociedad, con el vecino, el panadero, la policía. No somos auto-suficientes. Dependemos de los demás para sobrevivir. Luego hay amistades de placer. El hombre disfruta convivir con compañeros, reírse, platicar, salir al cine, etc. La vida sin este tipo de compañerismo sería bastante pobre sin duda. Estos primeros dos tipos de amistad son más egoístas que otra cosa. Si uno no puede darme pan o hacerme reír, pues no me asocio con él.

Pero el hombre es capaz de motivos más altruistas. La amistad más elevada para Aristóteles es la amistad de bondad donde un amigo desea bien para su amigo, por el propio bien de su amigo, y no como algún medio que le puede redundar en algún beneficio. Una amistad de este tipo puede ser útil y placentero pero no se basa en esas cosas sino, dice Aristóteles, en el amor de un buen hombre por sí mismo. Esto quiere decir que una amistad de bondad entre dos personas es un reflejo de la relación que cada uno tiene consigo mismo. Al mirar su amigo en la cara, es cómo si estuviera viendo un reflejo de sí mismo. Obviamente, lo que se refleja no es el físico sino el alma - los dos amigos son como almas gemelas. Aristóteles menciona varias veces el amor que tiene una madre por su hijo. Al sentir dolor el hijo, la madre también lo siente, como si su ser se extendiera más allá de su existencia individual. Esto es lo que sucede en una amistad de bondad. Los intereses de uno se extienden de tal manera que el bien para su amigo implica su propio bien.

Ahora, parece que este altruismo no es más que un egoísmo disfrazado. En cierto sentido, alguna relación que no redundara en ningún beneficio para uno no tendría sentido. Todos somos egoístas. Pero todo depende del ego o alma que uno tiene. El amor propio de un hombre malo no podría servir de base para una amistad de bondad debido a la naturaleza de su alma, debido a que deriva placer de cosas como el dinero, poder, o placer sensual. Tanto en su época como en el nuestro, esas cosas son más que otra cosa el tema de disputas y pleitos. Si uno tiene dinero o poder, implica que el otro no. Es por eso que las relaciones de utilidad y de placer son tan perecederas. Pero lo que un hombre de bien ama en sí mismo es distinto. Valora su intelecto, lo inmaterial o espiritual y esto, ese tipo de amor propio, es lo que está a la base de la amistad de la bondad. Un amigo de este tipo gastará dinero o sacrificará placer para que su amigo los tenga, pero debido a la naturaleza de su alma, lo que recibe al hacerlo tiene un valor mucho mayor.

Pasemos al último tema que quería tratar, la vida ideal según Aristóteles. Empezamos esta discusión de su ética comentando que hay muchas formas de vivir. Lo que todos buscan, algunos mejor que otros, es ese estado de bienestar que llamamos felicidad. Sea como sea la manera en que uno concretamente vive, la felicidad que uno alcanza tiene que consistir en una actividad y no ser una mera disposición. Además, esa forma de vivir no puede ser un mero medio sino una actividad que en sí misma, en su propia ejecución, constituya el bienestar. Ahora, tomar cerveza todo el día es una actividad que se hace no como medio sino como un fin en sí mismo, y puede sin duda ser placentero, pero no alabamos una vida llevada de esa forma. Entonces no basta cualquier actividad sino aquella que se hace de acuerdo con la virtud. Como hemos visto, las plantas tienen virtudes y los animales también, pero si se trata de entender una buena vida humana, hay que fijarse en lo que sea propio del ser humano. Como hemos visto, eso es la razón. El bienestar humano entonces tendrá que ver con una vida llevada de acuerdo al buen o virtuoso uso de la razón.

Menciono todo esto porque para Aristóteles la mejor vida es la teórica o contemplativa. ¿Por qué? Pues, la razón es la mejor parte de nosotros, es lo que nos hace humanos, y el objeto de su actividad es el más excelso de todos, aquellos que son eternos, que no cambian. Todos tenemos que vivir en algún grado en un contexto social y por tanto llevar una vida práctica. Por mucha sabiduría práctica que uno tenga, siempre dependerá de otros y de circunstancias cambiantes. La vida contemplativa en cambio está siempre a nuestro alcance, es auto-suficiente, y

el placer que da es puro y constante. Recuerda que Aristóteles dice que somos lo que conocemos. Si eso es así, entonces la vida contemplativa nos pone al alcance de lo divino en el cosmos y permite que nuestra vida, en tanto teórica, se convierte en eterna. Lo que percibimos con el ojo es particular y perecedero, pero lo que entendemos con la mente es universal y eterno. Cada quien trae dentro de sí un elemento divino que, al usarse con virtud, le une con el propio cosmos que conoce.

Bueno, con esto terminamos esta revisión de la ética de Aristóteles. Como siempre, lo que hemos tratado son los conceptos básicos y su relación entre sí, herramientas básicas para una lectura más de cerca.